

LA SOLUCIÓN DE SINGER A LA POBREZA EN EL MUNDO

En la película brasileña *Estación Central*, Dora es una maestra jubilada que, sentada en la estación escribiendo cartas para los analfabetos, gana lo suficiente como para llegar a fin de mes. Repentinamente, le surge la oportunidad de ganar mil dólares. Todo lo que tiene que hacer es persuadir a un niño de nueve años para que la siga a una dirección que le han proporcionado. (A ella le han dicho que será adoptado por unos extranjeros ricos). Entrega al niño, obtiene el dinero, se gasta parte de él en un televisor y se toma un respiro para disfrutar de su adquisición. Sin embargo, su vecino le agua la fiesta diciéndole que el niño era demasiado mayor para ser adoptado y lo van a matar para vender sus órganos para trasplante. Quizá Dora ya lo sabía, pero después de la franqueza de su vecino pasa una noche convulsa. A la mañana siguiente Dora decide recoger al niño.

Supongamos que Dora le hubiera dicho a su vecino que la vida es dura, que otros también tienen bonitos televisores nuevos, y que si vender al niño es el único modo de adquirir uno, bueno, en definitiva, no es más que un niño de la calle. A los ojos de la audiencia ella se habría convertido en un monstruo. Ella se redime sólo porque está preparada para arrostrar riesgos considerables para salvar al niño.

Al final de la película, en los cines de los países ricos del mundo, la gente que no habría tardado en condenar a Dora si no hubiera rescatado al niño regresa a sus hogares, mucho más confortables que el apartamento de Dora. De hecho, la familia media en Estados Unidos gasta casi un tercio de sus ingresos en objetos que no le son más necesarios de lo que era su nueva televisión para Dora. Salir a cenar a buenos restaurantes, comprar ropa nueva porque la vieja se pasó de moda, irse de vacaciones a complejos turísticos en la playa, todo lo que es gastado en cosas que no son esenciales para preservar nuestra vida y salud. Ese dinero, entregado a alguna de las organizaciones con fines benéficos, podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte de los niños necesitados.

Todo lo cual suscita una cuestión: al fin y a la postre, ¿cuál es la diferencia ética entre un brasileño que vende a un niño abandonado a los intermediarios de órganos y un estadounidense que ya tiene una televisión y la cambia por una mejor, sabiendo que el dinero podría ser donado a una organización que podría usarlo para salvar las vidas de los niños necesitados?

Hay, por supuesto, algunas diferencias entre las dos situaciones que podrían apoyar juicios morales sobre ellas. En definitiva, ser capaz de mandar a un niño a la muerte cuando está delante exige una heladora falta de sensibilidad; es mucho más fácil ignorar una petición de dinero para ayudar a niños con los que nunca nos encontraremos. Pero para un filósofo utilitarista como yo -es decir, alguien que juzga la corrección o incorrección de los actos por sus consecuencias-, si el resultado es que los estadounidenses no donen es que un niño más muera en las calles de una ciudad brasileña, entonces es, en algún sentido, tan malo como vender al niño al intermediario de órganos. Pero uno no tiene que abrazar mi ética utilitarista para ver que, como poco, hay una incongruencia problemática en apresurarse tanto a condenar a Dora por llevar al niño a los intermediarios de órganos mientras que, al mismo tiempo, no se considera el

comportamiento del consumidor estadounidense como algo que suscita un serio interrogante moral.

En su libro de 1996 *Living High and Letting Die*, el filósofo de la Universidad de Nueva York Peter Unger presentó una serie de ejemplos imaginarios diseñados para explorar nuestras intuiciones sobre si es erróneo vivir bien sin dar cantidades sustanciales de dinero para ayudar a la gente que pasa hambre, malnutrida y que muere de enfermedades fácilmente tratables como la diarrea. Ésta es mi interpretación de uno de esos ejemplos:

Bob está cerca de la jubilación. Ha invertido la mayor parte de sus ahorros en un viejo coche, muy peculiar y valioso, un Bugatti, que no ha podido asegurar. El Bugatti es su orgullo y satisfacción. Además del placer que le proporciona conducir y cuidar su coche, Bob sabe que su creciente valor de mercado implica que siempre podrá venderlo y vivir confortablemente tras la jubilación. Un día Bob sale a dar una vuelta, aparca el Bugatti cerca del final de una vía muerta y se echa a andar remontando la vía. Mientras camina observa que un tren sin control, sin nadie a bordo, se precipita por la vía. Más abajo ve la pequeña figura de un niño que con mucha probabilidad va a ser atropellado por el tren descontrolado. No puede detenerlo y el niño está demasiado lejos para advertirle del peligro, pero puede manipular las agujas que harán que el tren se desvíe hacia la vía muerta en la que se encuentra aparcado el Bugatti. Al pensar en el placer que le produce poseerlo y la seguridad financiera que representa, Bob decide no cambiar las agujas. El niño resulta muerto. Durante muchos años Bob disfruta con su Bugatti y con el colchón económico que supone.

La mayoría de nosotros afirmará que la conducta de Bob fue gravemente errónea. Unger está de acuerdo. Pero él nos recuerda que nosotros también tenemos oportunidad de salvar las vidas de los niños. Podemos donar a organizaciones como Unicef u Oxfam América. ¿Cuánto habríamos de entregar a una de estas organizaciones para tener una alta probabilidad de salvar la vida de un niño amenazada por enfermedades fácilmente prevenibles? (No pienso que los niños sean más merecedores de auxilio que los adultos, pero puesto que nadie puede aducir que los propios niños son responsables de su pobreza, centrarse en ellos simplifica la cuestión). Unger llamó a algunos expertos y usó la información provista para ofrecer algunas estimaciones plausibles que incluyen el coste de recolectar dinero, los costos administrativos y los de entregar la ayuda donde es más necesaria. Se desprende de su cálculo que 200 dólares en donaciones ayudarían a transformar a un niño enfermo de dos años en un niño sano de seis, otorgándole un salvoconducto seguro para los años más peligrosos de la niñez. Para mostrar cuán práctico puede ser un argumento filosófico, Unger incluso les dice a sus lectores que pueden fácilmente donar dinero usando su tarjeta de crédito y llamando a uno de estos números de llamada gratuita: (800) 3675437 de Unicef; (800) 693-2687 de Oxfam América.

Ahora nosotros también disponemos de la información necesaria para salvar la vida de un niño. ¿Cómo debemos juzgamos a nosotros mismos si no lo hacemos? Pensemos de nuevo en Bob y su Bugatti. A diferencia de Dora, Bob no tenía que mirar a los ojos del niño que sacrificaba para su propia comodidad material. El niño era un completo extraño para él y estaba demasiado lejos para relacionarse íntima y personalmente. De la misma manera, a diferencia de Dora, no ha llevado al niño al sitio equivocado ni ha iniciado la cadena de eventos que le ha puesto en peligro. En todos esos aspectos, la

situación de Bob se parece a la de la gente capaz, pero no deseosa, de donar para la ayuda internacional y difiere de la afrontada por Dora.

Si aún pensamos que fue muy grave que Bob no accionara el mecanismo de las agujas que hubiera desviado el tren para así salvar la vida del niño, entonces resulta difícil ver cómo podríamos negar que también es muy grave no enviar dinero a una de las organizaciones mencionadas arriba. Salvo que, claro, haya alguna diferencia moral importante entre las dos situaciones que he pasado por alto.

¿Se trata acaso de las incertidumbres prácticas sobre si la ayuda realmente llegará a la gente que la necesita? Nadie que conozca el mundo de la solidaridad internacional puede dudar que esas incertidumbres existen. Pero la cantidad de 200 dólares señalada por Unger para salvar la vida de un niño fue obtenida tras haber hecho algunas asunciones conservadoras sobre la proporción del dinero donado que realmente alcanzará su objetivo.

Una diferencia genuina entre Bob y aquellos que se pueden permitir donar a las organizaciones de ayuda internacional pero no lo hacen es que sólo Bob puede salvar al niño de la vía, mientras que hay cientos de millones de personas que pueden donar 200 dólares a aquéllas. El problema es que la mayoría no lo hace. ¿Significa esto que es correcto que no se haga?

Supongamos que hubiera más propietarios de coches de época antiguos de incalculable valor -Carol, Dave, Emma, Fred y demás, hasta llegar a Ziggy-, todos exactamente en la misma situación de Bob, con su propio sistema de agujas, y que todos ellos sacrifican al niño para conservar su apreciado coche. ¿Si Bob también lo hace, es su conducta impecable por el hecho de que también los demás han optado por conservar su coche? Responder afirmativamente a esta pregunta supone abrazar una ética gregaria -el tipo de ética que condujo a muchos alemanes a mirar hacia otro lado cuando se cometían las atrocidades de los nazis-. No les excusamos porque otros no actuaban mejor que ellos. Parece que carecemos de una base firme para trazar una frontera moral clara entre la situación de Bob y la de cualquier lector de este artículo con 200 dólares extra que no entrega a una organización de solidaridad internacional. Estos lectores parecen actuar al menos tan mal como Bob hizo cuando escogió dejar que el tren se precipitara sobre el incauto niño. A la luz de esta conclusión, confío en que muchos lectores se acerquen al teléfono y donen 200 dólares, incluso antes de seguir leyendo.

Ahora que nos hemos diferenciado moralmente de la gente que pone los coches de época por encima de la vida de un niño, ¿qué tal si nos damos con nuestra pareja un homenaje cenando en el restaurante favorito? Pero atención: ¡El dinero que nos gastemos en el restaurante también podría salvar las vidas de los niños en el tercer Mundo! Es verdad que no teníamos planificado derrochar 200 dólares esta noche, pero si renunciáramos a cenar fuera tan sólo durante un mes, podríamos fácilmente ahorrar esa cantidad. Y ¿qué es un mes sin cenar fuera comparado con la vida de un niño? Ahí está la dificultad. Puesto que hay muchos niños en situación de necesidad desesperada en el mundo, siempre habrá otro niño cuya vida podríamos salvar por otros 200 dólares. ¿Estamos, por tanto, obligados a seguir entregando dinero hasta que no quede nada? ¿En qué punto podemos parar? Los ejemplos hipotéticos pueden fácilmente convertirse en ridículos. Consideremos a Bob. ¿Cuánto más ha de perder además del Bugatti?

Imaginemos que a Bob se le ha enganchado el pie en la vía y que si desvía el tren entonces, antes de llevarse por delante el coche, también le amputará su dedo gordo. ¿Aun así debería accionar las agujas? ¿Y si le fuera a amputar su pie? ¿Y toda la pierna?

Por muy absurdo que el escenario del Bugatti resulte cuando es forzado, el hecho que plantea es serio: sólo cuando los sacrificios se convierten en muy significativos entonces es seguro que la mayoría estaríamos dispuestos a decir que Bob no hace nada malo cuando decide no modificar la trayectoria. Por supuesto, mucha gente podría estar en el error; no podemos decidir las cuestiones morales mediante encuestas. Pero pensemos, en su caso, en el nivel de sacrificio que demandaría a Bob y luego consideremos cuánto dinero tendríamos que donar para hacer un sacrificio más o menos como ése. Sin duda que es mucho, mucho más que 200 dólares. Para muchos estadounidenses de clase media podría fácilmente rebasar los 200.000 dólares.

¿No es contraproducente pedir tanto a la gente? ¿No corremos el riesgo de que muchos se encogerán de hombros y dirán que la ética, así concebida, es adecuada para los santos pero no para ellos? Acepto que probablemente no veremos en el futuro próximo, o incluso a mediano plazo, un mundo en el que es normal que los estadounidenses ricos den el grueso de su riqueza a los extraños. Cuando llega el momento de elogiar o reprochar a la gente por lo que hace, tendemos a usar el estándar que es relativo a alguna concepción del comportamiento normal. Los estadounidenses que viven confortablemente y dan, pongamos, el 10 por ciento de sus ingresos a organizaciones con fines benéficos están tan alejados de la mayoría de sus compatriotas igualmente bien situados que no me molestaría en castigarles por no hacer más. Sin embargo, deberían hacer mucho más, y no tienen legitimidad para criticar a Bob por no hacer el gran sacrificio de perder su Bugatti.

En este punto pueden suscitarse varias objeciones. Alguien podría decir: «Si cada ciudadano que vive en países ricos diera su parte, no tendría que hacer un sacrificio tan drástico porque mucho antes de que se hubieran alcanzado tales niveles habría habido recursos para salvar las vidas de todos aquellos niños que mueren de hambre o por falta de asistencia médica. Así que ¿por qué debo dar más que mi porción equitativa?». Otra objeción relacionada es que el gobierno debe incrementar sus donaciones para la ayuda internacional, puesto que ello distribuirá más equitativamente las cargas entre los contribuyentes.

Pero la cuestión de cuánto debemos dar es un asunto a ser decidido en el mundo real, y ése es, tristemente, un mundo en el que sabemos que la mayoría de la gente no da sustanciales cantidades a las organizaciones con fines benéficos, y en el inmediato futuro seguirá sin dar. También sabemos que al menos el próximo año el gobierno de Estados Unidos no va a cumplir ni siquiera el muy modesto objetivo del 0,7 por ciento del PNB recomendado por Naciones Unidas; en este momento se encuentra mucho más abajo, en el 0,09 por ciento, ni siquiera la mitad del 0,22 que destina Japón o un décimo del 0,97 de Dinamarca. Así, sabemos que el dinero que podemos donar más allá de esa teórica «porción equitativa» aún va a salvar las vidas que de otro modo se perderían. Aunque la idea de que nadie necesita dar más que su porción equitativa es un argumento poderoso, ¿ha de prevalecer si sabemos que otros no dan su parte y que los niños morirán de muertes evitables a no ser que hagamos más de lo que nos corresponde? Esto sería llevar la equidad demasiado lejos.

Así que este fundamento para limitar cuándo debemos dar también falla. En el mundo tal y como es ahora no veo forma de escapar a la conclusión de que cada uno de nosotros con riqueza que excede de la precisa para cubrir nuestras necesidades debe dar la mayoría de ella a la gente que sufre de pobreza tan duramente como para ver su vida amenazada. Así es: digo que no debe comprar un coche nuevo, irse de crucero, redecorar la casa o comprar ese traje tan caro. Después de todo, un traje de 1.000 dólares podría salvar la vida de cinco niños.

¿Así que, en términos de dólares y centavos de dólares, cómo se desglosa mi filosofía? Un hogar estadounidense con unos ingresos de 50.000 dólares gasta 30.000 dólares al año en cubrir necesidades, según el Conference Board, un instituto de investigación económica sin ánimo de lucro. Así que para un hogar que cuenta con 50.000 dólares al año, las donaciones para ayudar al Tercer Mundo deben aproximarse tanto como sea posible a los 20.000 dólares. Los 30.000 dólares que se precisan para cubrir necesidades no varían para las rentas más altas. Así que en un hogar donde ingresen todos los años 100.000 dólares se podría destinar un cheque para la ayuda de 70.000 dólares. De nuevo, la fórmula es simple: todo el dinero que gaste en lujo, no en necesidades, debe donarse.

Ahora bien, los psicólogos evolutivos nos indican que la naturaleza humana simplemente no es lo suficientemente altruista como para hacer plausible que mucha gente sacrificará tanto en favor de extraños. Puede que estén en lo cierto sobre los hechos de la naturaleza humana, pero errarían si extrajeran una conclusión moral de tales hechos. Si resulta que debemos hacer cosas que, predecimos, la mayoría de nosotros no hará, entonces afrontemos ese hecho con todas sus consecuencias. Por tanto, si valoramos la vida de un niño más que salir a restaurantes de moda, la próxima vez que cenemos fuera sabremos que podríamos haber hecho algo mejor con nuestro dinero. Si eso provoca que sea extremadamente arduo vivir una vida moralmente decente, bueno, así son las cosas. Si no lo hacemos, entonces debemos saber al menos que no estamos viviendo una vida moralmente decente, no porque sea bueno revolcarse en la culpa sino porque saber hacia dónde ir es el primer paso para tomar esa dirección.

Justo cuando Bob afrontó el dilema que se le presentaba mientras permanecía junto a las agujas de la vía debió de pensar cuán extraordinariamente desafortunado era por hallarse en una coyuntura en la que había de escoger entre la vida de un niño inocente y sacrificar la mayor parte de sus ahorros. Pero no era desafortunado en absoluto. Todos estamos en esa situación.